

SOMNOLENCIA

By Alberto Quero

Siempre sorprende la duermevela
y captura sin mayor convocatoria.

Una vez me vi en una ciudad colocada sobre los montes,
llena de campanas, de nubes
y de ríos inexistentes en mi primera ventana.
Todo eso regresa a mí, ahora cuando escapo:
los pasos que no di, los atajos que no transité en aquel momento.
Era yo quien buscaba y empezaba a hallarme en algunos papeles:
estaba rezagado y mi hermano venía a rescatarme.
Pude haber corrido detrás de una mujer
y de un efímero violonchelo.
No lo hice y fue doloroso,
como quien sueña que corre detrás del viento.
No fue por miedo, sino por tristeza o por candidez.
Por partes lo lamenté, es verdad.
Pero ese dolor, que fue cansino
y duró más o menos un par de semestres,
abrió una puerta y vinieron horas nuevas,
no siempre más felices,
pero al menos reales y palpables.

Si de algo sirve todo esto que ahora me apresa
de la manera más inopinada,
será porque comienza, creo yo,
un tiempo que deseo asombroso,
porque me aguarda un sitio que conozco apenas en sueños
y porque necesito un oráculo que me prediga lo apacible:
ya no son lugares los que ahora pueblan mi memoria
sino aberturas que vuelven a mí
sobre este puente que intuyo víspera y cruce.
Tampoco son alianzas que, por imaginarias,
han quedado atrás, acaso en el olvido,
sino caminos donde se mezcla un viento frío,
uno que imaginé hace mucho
y un líquen verídico en algunas piedras redondeadas,
como de río.

Alas de nieve, llevadme, a veces he dicho,
acarreadme a dónde yo sea arado y semilla.
Mi oración entonces oscila desde el cántico

hasta lo que espera pacientemente:
inmediación de algo, digo,
de algo valiente como el dictado de un ángel.

Vuelvo a este momento, sin mayor aviso ni ceremonia.
Hoy he visto rostros y no sé de qué serán aras;
sea lo que sea, yo no estaré.

Supongo que en este momento llueve en alguna ciudad que ignoro.